

procurar que los reyes aparezcan siempre como los primeros ciudadanos de su reino.

¿Y á qué medio apeló el general O'Donnell para remediar la torpeza de su consejo, el evidente mal de su determinacion? Al medio de decir á la Reina que entregue un millon. ¿Y qué? Cuando se trataba de una combinacion política cualquiera, el general O'Donnell creia haberlo arreglado todo con repartir prodigamente algunos nombramientos, algunos miles de reales entre los jefes de varias enemigas fracciones. Cuando se trataba de concluir una guerra como la guerra de Africa, el general O'Donnell lo resolvía todo ajustando una paz en que se trataba de la indemnizacion de unos cuantos millones. Y en aquel amargo trance, en aquella gran calamidad, el general O'Donnell creeria aplacar á la opinion resentida, al pueblo que buscaba consuelos, auxilios, valor moral, asistencia moral, arrojándole para que callase un millon.

¿Y en qué momentos aconsejaba esto el gobierno? Cuando el pueblo de Madrid se habia procurado á sí mismo recursos; cuando *Los Amigos de los pobres* acababan de cerrar la mano con que recibian los donativos; cuando las juntas de sanidad de los distritos municipales entregaban en la Caja de Depósitos el dinero recaudado, porque les sobraba para conjurar la epidemia; cuando llevábamos más de un mes de limosnas, de auxilios, sin que se hubiera agotado ni por un solo momento la inagotable caridad del público.

La sociedad de los *Amigos de los pobres*, el dia mismo que la reina Isabel mandó su malhadado millon, treinta dias despues de comenzada la gran obra de caridad espontánea, se despedía en estas palabras:

«Ahora ya podemos separarnos; y nos separamos, sí, nos separamos con el pensamiento puesto en reunirnos tal vez otro dia permanentemente para acudir á esa epidemia continúa que se llama miseria. Pero en el dia de hoy, despues de conjurada la calamidad que tanto nos ha afligido, debemos separar-

nos, debemos disolver esta sociedad. Casi todos nuestros recursos los hemos agotado ya. Los que nos restan, los emplearemos en auxiliar á los convalecientes y proteger y amparar á los huérfanos. En la próxima semana publicaremos la cuenta minuciosamente de las cantidades que hemos invertido en nuestra obra, y de los auxilios que hemos prestado á los pobres y á los enfermos. Nos despedimos hoy, nos despedimos del pueblo de Madrid, para cuyo valor, para cuya caridad no encontramos términos de encarecimiento; nos despedimos en la seguridad de que registrará estos dias de batalla con la muerte entre los más gloriosos de su historia. Ningun móvil interesado nos impulsó, ningun premio queremos, ninguna gloria esperamos. Dios, que ha visto hasta el fondo de nuestra conciencia, nos ha juzgado, y habrá recibido ya en su seno, y habrá premiado con la inmortalidad á aquellos de nuestros hermanos que han muerto en la batalla. Para ellos pedimos un recuerdo en la memoria de los que han socorrido; para ellos una lágrima de los pobres por quienes se han sacrificado. Nosotros que nos hemos salvado, juramos á nuestros hermanos que siempre, en todas ocasiones, cuando se presenten dias tan terribles como los dias pasados, acudiremos en su auxilio, porque cada hombre se debe á la humanidad, y por la virtud de la abnegacion y de la caridad se acerca y casi se confunde con Dios.

Esto publicaba el 8 de Noviembre toda la prensa liberal, y en aquel mismo dia se recibe la noticia de que Víctor Manuel habia ido á Nápoles á socorrer á los coléricos. Esta noticia fué comentada por la prensa liberal y democrática en los siguientes términos, que eran otras tantas heridas abiertas en el corazon de la dinastía.

«Al fin es un rey que debe su corona al sufragio universal, es el representante de la soberanía popular. Esto le habrá mostrado que un rey de su clase no puede vivir en el

aislamiento, que no puede encerrarse en su córte, que necesita vivir del pueblo y para el pueblo. Así es que Víctor Manuel en estas circunstancias, cuando ha visto su pueblo afligido, cuando ha visto á Nápoles pasando por una de las mayores calamidades por que puede pasar un pueblo, Víctor Manuel ha ido á Nápoles á desafiar la muerte. Si estando el cólera en Nápoles, Víctor Manuel se hubiera quedado en Florencia, de seguro hubiera perdido una batalla.»

«Cuando un hombre se levanta sobre los demás hombres; cuando se coloca al frente de la sociedad; cuando tiene muchos privilegios, debe tener muchos, muchísimos deberes. Los aragoneses creian que los reyes debian tener en las batallas solamente el botin que se ganaran con sus propias fuerzas. Hoy el único botin de los reyes son los votos de los pueblos. Los que tienen esos votos, reinan; y los que no, luchan y caen. El cólera es una gran batalla con la muerte, y Víctor Manuel, al ir á Nápoles infestado, al entrar en los hospitales, al llevar socorros á los enfermos, ánimo á los que sobreviven, Víctor Manuel ha ganado una gran batalla. Si se hubiera quedado en alguna quinta de Florencia, en algun lugar apartado, muy sano y muy fresco, de seguro Víctor Manuel perderia hoy la estimacion de Italia, y mañana la corona.»

«Así es que Víctor Manuel ha ido á Nápoles infestado; Víctor Manuel ha entrado en los hospitales llenos de coléricos; Víctor Manuel ha elevado el ánimo de sus conciudadanos, ha hecho lo que debe hacer un rey que no se cree superior á las demás gentes, y que sabe que en el siglo XIX los poderes se fundan en la soberanía popular, y los reyes viven de la opinion de los pueblos. Italia hubiera abandonado á Víctor Manuel, si Víctor Manuel abandona á Italia en estos momentos tristes y extraordinarios. Esta es hoy la ley de los pueblos; este es el carácter moral de nuestra época.»

Resueltamente el cólera habia sido exter-

minador de la dinastía. Bajo estos auspicios, los partidos liberales debian decidir en grandes reuniones públicas si salian ó no del retraimiento. La primera de estas reuniones fué la reunion del partido progresista.

Saludábamos sin reserva al partido progresista, le saludábamos de todo corazon por su enérgica resolucion del retraimiento, y por su admirable protesta contra todo lo existente. Ninguna adhesion debia agradecer el partido progresista como la nuestra, porque ninguna tan ardiente, ninguna tan desinteresada, ninguna más honrada. Nuestras relaciones con el partido progresista fueron claras. Separacion completa de dogma y de doctrina; separacion completa de organizacion, porque nosotros éramos un partido radical que no admite la herencia para el poder, ni la limitacion para la libertad, y el partido progresista era un partido ecléctico; pero alianza firme, incontrastable contra todos los obstáculos tradicionales, contra los que romperán el sistema constitucional con sus traiciones, contra los verdugos de Riego y de Zurbano.

Recordemos la sesion de aquella popular asamblea. Inauguróla el Sr. Olózaga, y puede decirse que su pensamiento fué el pensamiento capital de la reunion. Pocos hombres demostraban la profunda modificacion que habia sufrido el partido progresista, muy pocos en verdad como el Sr. Olózaga. Por su temperamento, por su educacion, por sus ideas, el Sr. Olózaga era uno de los repúblicos más conservadores del partido progresista. El veto, la unidad religiosa, las dos Cámaras fueron siempre ideas políticas, profesadas, si se quiere, hasta con supersticion por el Sr. Olózaga. A esto unia ciertos hábitos diplomáticos que le obligaban á hablar casi siempre en las reuniones del pueblo como si hablara en los consejos de la monarquía. ¿Cómo él, tan reservado por hábito y por temperamento, tan fiel guardador de todas las conveniencias sociales, se mostró tan se-

vero en la forma como siempre, pero más enérgico que nunca, y sobre todo claro hasta mostrar el fondo de la idea que se encerraba en la mente del partido progresista? Esta claridad en la idea, esta franqueza y esta resolución en la forma fueron los grandes servicios prestados en aquella ocasión al país por el Sr. Olózaga. Nosotros, que algunas veces nos habíamos quejado de su ambigüedad; nosotros, sin reserva, sin limitación alguna, aplaudimos á todo aplaudir, con toda nuestra conciencia, el valor moral y enérgico que mostró el ilustre orador. Ahí estaba la salvación de la libertad; ahí la suerte del país; ahí la redención de todos nosotros, ahí. Pues qué, ¿habían de burlarse eternamente de nuestra mansedumbre? ¿Habían de contar eternamente con nuestra complicidad? ¿No significan nada 50 años de transacciones, 50 años de complacencias, 50 años, permítasenos la frase, de imbéciles esperanzas? Si nosotros una vez más transigiéramos, si una vez más bajáramos la cerviz ante los obstáculos tradicionales, mereceríamos el odio del país, la burla de Europa, la maldición de nuestros padres. La voz del Sr. Olózaga tan severa, su palabra tan estóica, su entonación tan amenazadora, su frase tan gráfica, escribieron sobre la frente del partido progresista la señal gloriosa de su emancipación. Al aplaudir aquellas severas palabras, aquellas manifestaciones del señor Olózaga, el partido progresista se manumitió del error de sus progenitores. Nosotros que nunca fuéramos esclavos, nosotros abrazábamos al liberto.

En vano el Sr. Madoz, en vano el Sr. Prim quisieron adulterar las palabras del Sr. Olózaga, en vano. El Sr. Prim usó de una condicional; dijo que si encontraba obstáculos, los superaría. Si no los había encontrado el Sr. Prim, si no los había visto, el Sr. Prim estaba destinado á tropezar mil veces. Los obstáculos tradicionales, los inmensos obstáculos estaban vivos, y el partido progresista tenía que reñir con ellos ó sucumbir. El ge-

neral Prim, decía un publicista revolucionario, ¿sólo conoce los obstáculos tradicionales condicionalmente? Mire la legión de los mártires de la libertad, y si no siente su sangre caer gota á gota sobre el corazón, ¿qué hemos de decirle nosotros?

Cuando el partido progresista estaba en el poder, no fuimos nunca sus cortesanos, sino sus censores. Jamás aceptamos ninguna de sus mercedes en los tiempos de su prosperidad. Cuando cayó, le mostramos que había caído por no seguir nuestros consejos, por sus complacencias serviles con los poderes reaccionarios, y su empeño en no desasirse de la dinastía. Mas tarde nos consagramos á separar nuestro dogma de su dogma, nuestras ideas de sus ideas, nuestra organización de su organización, por lo cual sostuvimos con el partido progresista alguna reñida contienda. Realizado este trabajo, habíamos convenido en una alianza para derrocar de consumo los obstáculos tradicionales. A esa alianza fuimos fidelísimos, y como dió el partido progresista una prueba más de que ni cejaba, ni vacilaba; una prenda más de que no se convertía en uno de tantos partidos cortesanos, mereció y obtuvo nuestros desinteresados aplausos. En vano algunos progresistas, como Madoz, y como Prim, quisieron descifrar las frases contra los obstáculos tradicionales; el partido progresista en su totalidad, el partido progresista, como animado por la electricidad revolucionaria, mantuvo la protesta revolucionaria, y se adhirió á la severa, á la enérgica declaración del Sr. Olózaga, que era el verdadero pensamiento de todo el partido liberal. No queda duda. Desde el momento en que se levantaba á hablar un progresista dinástico, desde el momento en que se protestaba á favor de la legalidad, el partido entero protestaba; pero desde el momento en que asomaba una idea enérgicamente revolucionaria, el partido progresista la aclamaba como la revelación de su espíritu. El partido progresista deshizo con sus

demostraciones todas las cábalas, se sobrepuso al pensamiento de sus prohombres, y demostró que no transigiría nunca con los eternos enemigos de la revolución.

¿Qué solicitud tan grande la de los periódicos vicalvaristas por el partido progresista! Lo querían tanto, que deseaban verlo luchando en el Congreso; lo querían tanto, que se sustituían á su personalidad, y declaraban en voz alta no ser progresistas los mismos concurrentes á la sesión del partido. La verdad es, que cuando el partido progresista tenía algún arranque revolucionario, los conservadores se irritaban en contra suya, lo llenaban de denuestos, y calumniaban á todos sus hombres. Querían un partido progresista manso, humilde, dispuesto á servirle de comparsa, á ser cuando más, como aquel esclavo antiguo cuya voz anunciaba á los vencedores, cuando iban bajo los arcos triunfales de Roma, la muerte. Este era todo el destino que reservaban al partido liberal.

¿Y os parece que debía ser esta la suerte del partido que realizara la revolución en España, y que extendiera toda la legalidad vigente? Los que escribieron la Constitución de 1812; los que desamortizaron la propiedad; los que destruyeron la Inquisición y la censura; los que libertaron á esta nación esclavizada y enferma de la terrible plaga de las órdenes monásticas; los que abrieron las puertas de los comicios, y cerraron los tiempos de la monarquía absoluta, ¿debían por ventura, estar siempre, permanecer siempre esclavos, siempre fuera de la vida política, no por su voluntad, sino por la marca de proseripción que habían puesto en su frente poderes obcecados y tiránicos?

El retraimiento indignaba á los vicalvaristas; el retraimiento, que era la necesidad suprema de nuestra política. ¿Quién sino ellos lo había creado? Pusieron ministerios, presupuestos, administración, todos los resortes imaginables á servicio de su interés político, de sus escandalosas elecciones, y contra los

candidatos liberales. Pues bien, uno á uno arrojaron todos los diputados liberales de las urnas, y cuando los encontraron á todos fuera, resolvieron en contra suya, porque necesitaban para sus planes y para sus conjuraciones contra la libertad, para sus asaltos al presupuesto, una oposición complaciente.

¿Y ahora decían que el partido progresista se iba á perder! ¿Cómo se perdería? ¿Por qué se perdería? Nunca había ganado nada por las elecciones. Ni una sola vez le concedieron el poder porque hubiera triunfado en las urnas. Recordad que un día fué disuelto un Parlamento solo por ser liberal. Recordad que un día otro Parlamento fué disuelto solamente porque había preferido el nombre, por cierto bien reaccionario, de Martínez de la Rosa, al nombre francamente absolutista del Sr. Tejada. Recordad que cuando no bastaban los medios ordinarios para disolver las Cortes, se soltaban contra ellas algunos batallones y caían los cascos de las granadas sobre la mesa misma de los presidentes.

Si no hubiera más medio para el triunfo del partido liberal que las elecciones, podíamos decir como el Dante á los condenados en el infierno: dejad toda esperanza. Sí, dejadla, porque la centralización no lo consiente, dejadla, porque la corrupción política no lo consiente; y aunque hubiérais atravesado la corrupción electoral y el muro de bronce de la centralización, os encontraríais con el Senado; y aunque lográrais vivificar todas aquellas momias y llevároslas en pos de vuestros pasos, habíais de encontraros por último con el veto.

¿Os parece que era posible luchar así? Si la cuestión se ha planteado en el terreno en que la planteó el Sr. Olózaga, se ha planteado más por espíritu conservador que por espíritu revolucionario.

El espíritu revolucionario de la Europa moderna ciertamente no se detiene en repulgos dinásticos ó anti-dinásticos. Tiene una idea bien fija y bien clara. Los que suelen

cuando las grandes liquidaciones se acercan, cuando las grandes catástrofes sobrevienen, los que suelen plantear las cuestiones en el terreno en que la ha planteado el Sr. Olózaga, son siempre los conservadores. Los Estuardos concitaron contra sí á hombres como Russell; los Borbones de Francia á hombres como Thiers; los bávaros de Grecia á hombres como Canaris; los tiranelos de Italia á hombres como Ricasoli. Mazzini no se preocupa de una cuestión dinástica; pero se preocupa Olózaga. Sí, el más conservador de los progresistas, el más constitucional se había convertido en revolucionario. Así lo quiso la incurable ceguera de la Reina.

La segunda reunion que por los primeros dias de Noviembre se celebró fué la reunion del partido democrático.

A las doce de la mañana los alrededores de la plaza del Rey, las cercanías del teatro del Circo se veían llenas de gentes que aguardaban con ansiedad la hora de la sesion. Habia algunos mal intencionados que divulgaban voces siniestras, Decíase que se preparaban luchas entre los demócratas, desórdenes; porque el partido democrático estaba dividido; porque sus fracciones no podían encontrarse sin batallar, y no podían batallar sin aniquilarse. ¡Error completo! Todos los demócratas se encontraron en un punto, acudieron todos á la cita, y el orden fué admirable, y la union y la fraternidad más sinceras reinaron en aquella popular asamblea, donde no habia más que un solo espíritu del cual participaban millares de ciudadanos.

Abrió la sesion el venerable anciano don José María Orense. Sus canas que infunden tan religioso respeto; sus servicios que despiertan recuerdos tan sagrados; la entereza de su carácter; la noble independecia de sus sentimientos; aquella sencillez y aquella franqueza que hacen del Sr. Orense una de las glorias más queridas de la democracia española, todo este conjunto de cualidades que el Sr. Orense posee como pocos hombres, le

dieron por su misma virtud la presidencia de aquella popular asamblea. Así que se sentó, pronunció un discurso cuyo efecto fué inmenso; un discurso que presidió toda la reunion, que le dió como un solo cuerpo y una sola alma, y que fué escrupulosamente obedecido en once horas de trabajos políticos, que bien pueden llamarse once años de enseñanzas admirables para el país. Empezó el Sr. Orense tratando de lo que podíamos llamar la policia de la reunion; hizo las advertencias necesarias para la mejor conservacion del orden; pidió que le señalaran los alborotadores para estigmatizarlos ante la opinion pública. Desde este momento, todo obstáculo quedaba vencido, la victoria estaba conquistada. ¿Y cómo no, cuando aquel anciano, con la fé ardiente de un jóven, parecia reunir sobre sus canas los recuerdos más gloriosos de nuestra historia, y en su palabra nuestras más caras esperanzas? Orense parecia un ciudadano de los Estados-Unidos. Así hubiera hablado Washington, así hubiera procedido Lincoln. No venís, decia el Sr. Orense, no venís aquí en pos de honores ni de riquezas. La democracia no puede dar nada de eso; la democracia es un partido formado por la opinion y para la opinion. Mientras manden sus enemigos ningun puesto oficial puede desempeñar un demócrata; el dia que manden sus amigos las reformas serán tales y tantas que no quedarán esos altos destinos que repartir y con los cuales se suele explotar al pueblo. Mirad los Estados-Unidos, decia el Sr. Orense, creíase que iban á perecer en el dia de un conflicto, y se han salvado, y han asombrado al mundo; y aquellos generales orlados de victorias que no tienen rival, se han vuelto á la vida privada á gozar en paz de las victorias de su patria. Plantemos el árbol, y ya que no podamos nosotros gozar de su sombra, que gocen nuestros hijos. Es imposible describir el efecto de este discurso. La reunion lo siguió admirablemente, despues de haberlo aplaudido con un gran entusiasmo.

Desde este momento quedó constituida la mesa. El Sr. Orense fué nombrado por aclamacion unánime presidente. Los señores Becerra y García, director de *La Discusion*, fueron propuestos, por el Sr. Orense, y aclamados por la reunion vicepresidentes. Los señores Blanc, Gomez Marin, Fernandez Cuevas, Rios y Portilla, Salmeron, Capilla, Cámara, Merino, fueron nombrados secretarios. El Sr. Nogués, al ver el espíritu de serena imparcialidad que reinaba en la presidencia, retiró con verdadera y plausible cordura una proposicion relativa á la manera de votar la mesa interina. Hubo algunos momentos de confusion propios de toda Asamblea, naturales en aquellas circunstancias, que se repiten donde quiera que se reúnen los hombres, pero que se apaciguaron con la incontestable fuerza moral del señor presidente y con el admirable espíritu que la reunion tenia. Es un pueblo maduro para la libertad el pueblo español. Es un partido de gobierno el partido democrático. Esta exclamacion se oía salir de todos los lábios.

A la una y media comenzó la votacion; á las ocho se concluía. Siete horas sin ninguna interrupcion habian estado pasando centenas de demócratas por delante de aquella mesa á depositar sus sufragios. Aquella numerosísima falange de defensores de la libertad parecia iluminada por el resplandor de una sola idea, por el reflejo de un solo espíritu. Era de ver aquella numerosísima procesion, ordenada, silenciosa, anhelante de indicar con su adhesion á los nombres de los demócratas sus votos por el triunfo de todas las libertades. Ningun interés bastardo los movia, ninguna pasion mezquina les guiaba; parecían por su actitud los antiguos romanos. Cuando un sacerdote, el Sr. Medina, se presentó á votar, resonó con larga resonancia una grande salva de aplausos. Lo mismo sucedió, cuando, concluida la votacion, el señor Orense depositó el último voto en la urna. ¡Qué admirable práctica del sufragio univer-

sal! ¡Qué grandes ciudadanos los reunidos en aquella asamblea!

Hacia pocos dias que llamaba el gobierno á eleccion de diputados provinciales, y hubo distrito de Madrid donde no se reunieron veinte votantes. Esto probaba la indiferencia que habia en el país por la política oficial. El mismo dia y á la misma hora, se reunia el partido moderado en casa del duque de Veraguas. Ocho dias estuvieron sus periódicos llamando á campana herida á los moderados. Y estos hombres que se han repartido los destinos del país por espacio de treinta años, apenas llegaron á reunir sesenta personas y estas sesenta personas ni siquiera llegaron á entenderse.

El Sr. Presidente pidió, despues de concluida la votacion del comité, un voto de confianza para la mesa, á fin de poder verificar el escrutinio al dia siguiente. La reunion lo acordó por unanimidad. Un aplauso ruidoso, atronador, coronó el término de la votacion. Entonces comenzaron los discursos por demanda universal del público. No hay para qué decir que si la primera parte de la reunion habia sido silenciosa, la segunda fué ruidosísima, fué una verdadera explosion de entusiasmo popular, pero sin que pasase nunca de los límites de lo conveniente. Comenzó á hablar el Sr. Rivera, que á pesar de sus cortos años, pronunció un discurso intencionado en su fondo, agradable en su forma, lleno de ardiente amor á la democracia. Al Sr. Rivera siguió el Sr. D. Tristan Medina, que en una peroracion muy calorosamente aplaudida encareció las excelencias del Evangelio y de la democracia. Al Sr. Medina siguió el señor don Cristino Martos.

Detengámonos un momento para tratar de este esclarecido orador. Dedicado al foro del cual es un grande ornamento, parecia que las fórmulas legales debían haber apagado en su ánimo el fervor que necesita la elocuencia política. Sin embargo, el señor D. Cristino Martos es hoy uno de los prime-